

Las quemas*

Rafael L. Rodríguez C.**



Resumen

En este ensayo, publicado en 1939, el autor hace un llamado contra la práctica, tan nefasta para la calidad de los suelos, de llevar a cabo quemas con el propósito de limpiar los terrenos o por conceptos erróneos como el pensar que esta actividad potenciará las cualidades de cultivo del suelo.

Palabras Clave

- Quemas • Suelo • Denuncia • Contaminación atmosférica • Erosión • Deforestación.

En esta tierra nuestra de eterna belleza cambiante, llega un día en que el aire claro del verano se ve manchado de columnas de humo que se elevan de la masa azul de los montes. Lentamente, el humo se difunde sobre la meseta, dando un matiz amarillento al cielo y al paisaje, el calor intensificado del mediodía nos dice que ha llegado la época de las quemas. Sin embargo, nosotros no debiéramos contemplar con indiferencia o acaso con un perezoso recuerdo de Semana Santa o de vacaciones, el humo cada vez mayor de las quemas. Tienen éstas un significado verdadero...un angustioso significado.

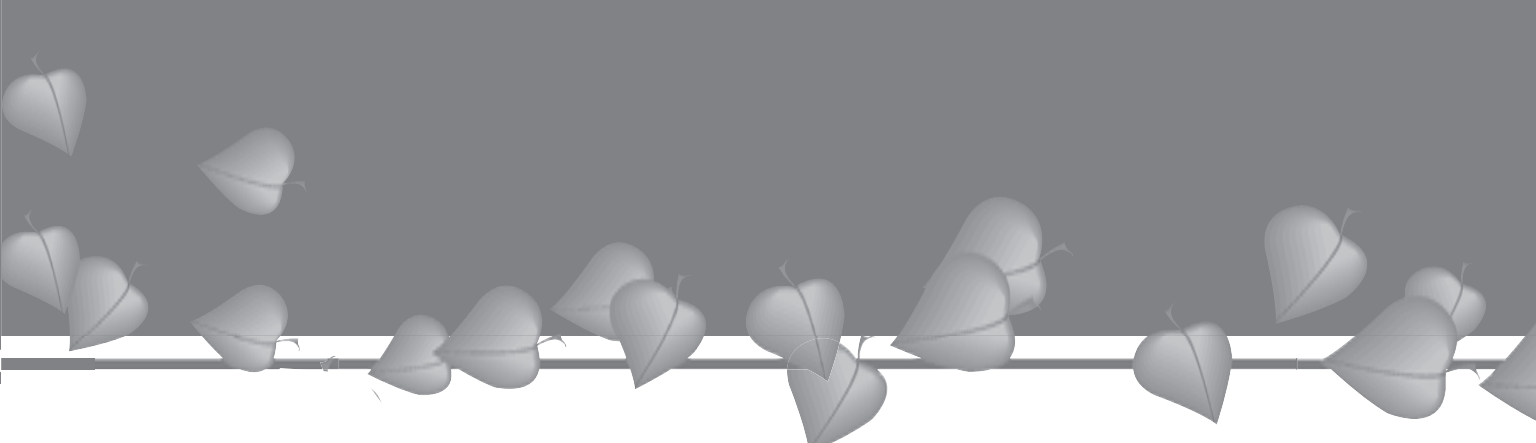
Las quemas son parte de un peligro que amenaza a nuestra independencia económica, más real que cualquier "imperialismo" o cualquier tendencia política que nos pudiera amenazar desde el exterior.

Si bien es cierto que estamos orgullosos de nuestra integridad nacional y que todos soñamos con ver a nuestra Patria siempre digna y respetada, cada vez más conscientes sus hijos de nuestros deberes cívicos, hemos de reconocer que, en un ejemplo de inconsciencia colectiva, estamos atacando simultáneamente de diversas maneras el suelo del cual tan orgullosos nos mostramos. Desde hace años, unas pocas personas han dado la voz de alarma, pero no hemos sabido comprender la importancia de sus advertencias.

Haríamos bien en tomar en cuenta lo que ha venido sucediendo en los Estados Unidos: aún hace doscientos años, una selva maravillosa cubría la mayor parte de su territorio casi sin interrupción de una costa a otra. "Nuestros recursos naturales son inagotables" decían los norteamericanos aún hace cincuenta años; al decirlo presenciaban sin alarma la tala incesante y ciega de los bosques; mientras que las llanuras centrales, antes cubiertas por enormes praderas de pastos naturales,

* Tomado de: Anales del Liceo de Costa Rica. N.º 9 y 10, año 1939:331-333.

** Profesor de Botánica del Liceo de Costa Rica.



eran dedicadas al cultivo de los cereales, cuyas cosechas daban un rendimiento prodigioso año tras año. En esa época de optimismo general, no se quiso oír a los observadores más agudos, que veían aproximarse años difíciles para la nación. Poco a poco, la destrucción de los bosques alteró profundamente el caudal de agua de los sistemas fluviales y modificó el carácter de las lluvias.

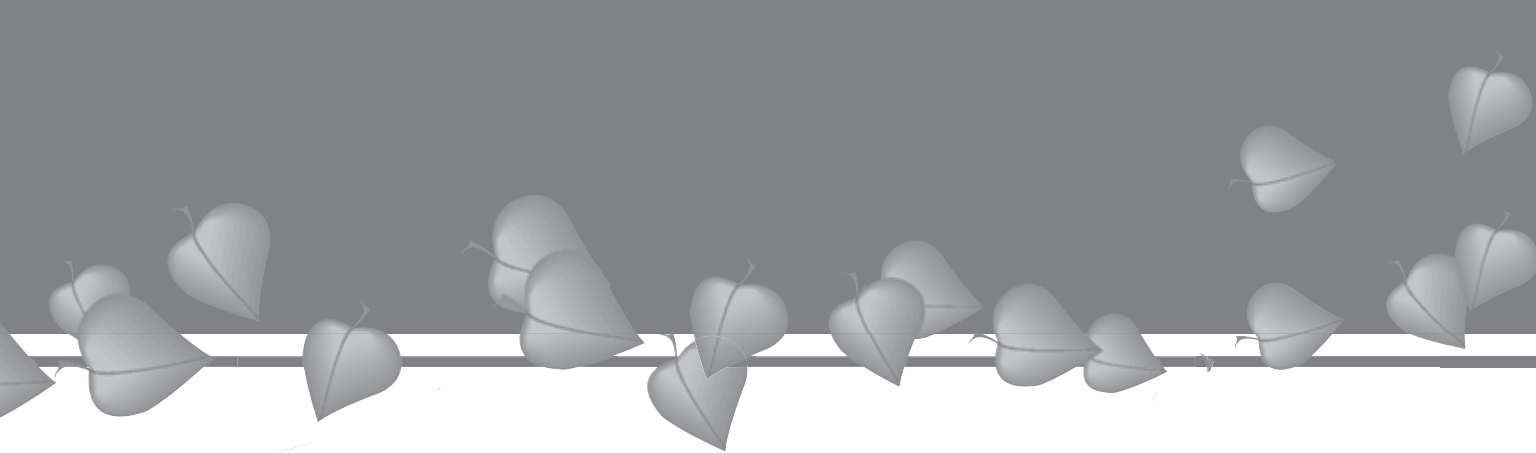
La tierra de los llanos, al perder el sostén que las entretrejidas raíces de los pastos le prestaban, al sufrir año tras año el paso del arado y las sequías repetidas, se fue transformando en polvo amarillento e inestable, arrastrado por los vendavales. Se vio entonces el horroroso espectáculo de la "tormenta de tierra" -verdadero simún americano- sepultar ciudades y campos de labranza bajo una capa de polvo seco, traído de campos ya inutilizados, extendiendo aún más la ruina. Ante la desesperación y el temor de incontables hogares, se organizó la lucha contra la erosión, así como aun antes se había hecho imprescindible el organizar la reforestación y la protección cuidadosa de los bosques "inagotables" de un siglo antes.

Debiéramos aprovechar esa triste experiencia y observar cuidadosamente nuestras propias condiciones, ahora que todavía no se ha presentado aquí una crisis aguda como la sufrida por los Estados Unidos. Veamos, pues, lo que estamos haciendo.

En Costa Rica no nos contentamos con talar los bosques. En todas partes, por un motivo u otro, hacemos estas quemas anuales, unas veces por comodidad, otras por creerlo beneficioso. En las regiones ganaderas, por ejemplo, se hace la quema basándose en que los pastos retoñarán y crecerán con mayor fuerza después.

La época en que se realizan las quemas es precisamente cuando se lleva a cabo la diseminación de los frutos de las leguminosas que crecen en los pastizales, lo cual trae como consecuencia la desaparición de esas plantas, necesarísimas tanto como alimento para el ganado como por su acción benéfica sobre el terreno en que crecen. Cuando las quemas no destruyan estas plantas, mejorará la calidad del terreno, al tiempo que la





misma industria resultará beneficiada. Los árboles frutales también sufren los efectos de las quemaduras y esto afecta no sólo al ganado, sino también a la población humana de esas regiones que sufre la falta de diversas frutas necesarias para la conservación de la salud.

Igual efecto muestra la costumbre de quemar en los campos de cultivo, donde la desaparición del humus es tan marcada que el campesino se ve obligado a invadir constantemente nuevas parcelas de bosque, mientras abandona las ya cultivadas.

Tendremos, pues, que confrontar un serio problema que nos están preparando, por una parte, las quemaduras; por otra, la explotación no inteligente de los bosques. En general, estamos haciendo todo lo posible por fabricarnos un desierto en Costa Rica.

Un terreno tan quebrado como el nuestro no debería ofrecer el espectáculo de grandes campos desnudos en las laderas de las montañas. Les hacía yo notar a mis compañeros en un viaje a Puriscal el daño ya visible que sufren los campos en toda esa región. De todos esos cerros cuya inclinación permite al agua arrastrar la tierra superficial, no deberían nunca desaparecer los árboles.

Lentamente estamos perdiendo, por erosión, la tierra útil de la superficie y la falta de bosques nos quita la posibilidad de formación de nueva tierra vegetal. Al mismo tiempo, la deforestación de los cerros está reduciendo el caudal de los ríos.

Cuando los Estados Unidos entraron en la guerra mundial, se utilizó prácticamente toda la madera de nogal negro que se encontraba en sus campos y bosques para hacer hélices de aviones y culatas de armas de fuego. Sin embargo, gracias a la advertencia de unos pocos, se evitó la desaparición de esta especie valiosa, sembrando otros donde se botaba uno. Nosotros, que contamos con un verdadero tesoro de maderas preciosas variadísimas, ¿estamos haciendo algo parecido? ¿Nos

preocupamos acaso por conservar para el futuro la riqueza maderera del país? No sólo no pensamos en ello, sino que destruimos el lento proceso de la reforestación natural, exterminando a los arbolitos nuevos con nuestras "famosas" quemaduras.

Debemos, pues, hacer un esfuerzo y llevar la comprensión de este problema a todas partes. Dondequiera que podamos influir en la opinión de los demás, debemos dar la voz de alerta. Tenemos ya, por fortuna, leyes enérgicas y bien pensadas en cuanto a este problema; pero una costumbre tan arraigada, no se podrá alterar con legislación apropiada, si no comprende el país la importancia de acatarla y acuarla con decisión. Si ahora llegara la gente a convencerse de todo esto, estaríamos aún a tiempo de devolver a la tierra su vitalidad primera.

Nuestros campos están perdiendo la feracidad que tanto alabamos y que se debe únicamente a la capa de tierra vegetal que por siglos se ha formado y ha estado sostenida por los árboles, sobre el subsuelo estéril. Al dejar que la erosión arrastre esta tierra, estamos destruyendo nuestra fuente de vida como nación. ¿Llegará el día, que algunos ya prevén, en que nuestros bosques no nos den ni madera para las necesidades locales? ¿Veremos nuestras montañas desnudas y agrietadas ante los elementos? El problema es serio y difícil el sugerir medidas que de verdad puedan resolverlo. No obstante, ya habremos ganado mucho cuando cada uno conscientemente sienta la necesidad de actuar a favor del ambiente. Busquemos en la Revista del Centro Nacional de Agricultura los últimos estudios realizados por el profesor don José María Orozco; tratemos de comprender la verdad de sus palabras y decidámonos a evitar en Costa Rica la dolorosa experiencia de los norteamericanos.